

mientras se daba aviso á México y se mandaba algun auxilio. El virey nombró en virtud de esto, gobernador de Coahuila y Tejas á D. José Valdivieso, marqués de San Miguel de Aguayo, para que con ocho compañías entrase á recobrar el territorio abandonado. Mucho tardó en ejecutarse esta determinacion; y por último en Julio del año de 1721 entraron al territorio de los tejas, con gran consuelo de aquellos naturales, que salieron á encontrar la expedicion para manifestar su contento. Se fueron restableciendo todas las misiones que se habian fundado ya, con grandes fiestas en que se mezclaba el regocijo de los españoles con el de los indígenas: en todos los pueblos donde se fueron repitiendo estas funciones, el marqués repartía á los indios alguna ropa y otros objetos que sin ser de valor eran para ellos de mucho aprecio; y como en la mision de la Purísima, vistió al Caddí superior ó capitán general de aquellos pueblos y lo sentó á su mesa, todos los naturales quedaron prendados de este porte, que estrechó mas la buena voluntad de aquellos dóciles indígenas, para con los colonizadores.

Durante todo este tiempo, habia concluido la guerra entre España y Francia; y por consiguiente, el comandante superior de Nachitooz, ni volvió á intentar internarse mas en aquel territorio: de suerte, que la tropa restauradora, no tuvo tropiezo hasta recobrar el último de sus pueblos. Al llegar á S. Miguel de los Adaises, limítrofe al fuerte de los franceses, dispuso el marqués que se fundara un presidio; y él con el resto de su comitiva con que hizo aquel suntuoso paseo militar, se volvió á Coahuila, despues de hacer un crecido gasto al real erario, y sin dar á los pueblos los ganados y herramientas que el gobierno vireinal habia dispuesto, para facilitar la congregacion de los indios, sin lo cual no se podría conseguir reducirlos y civilizaalos á pesar de su buen natural

y la prontitud con que se manifiestan para entrar en sociedad.

A causa de este eriminal abandono con que los gobernadores de Coahuila vieron el progreso de la provincia de Tejas, permaneció estacionada por muchos años en un estado salvaje y lo que por sus naturales circunstancias debió ser un gran centro de civilizacion y fuente de cuantiosas riquezas, permaneció, por mas de un siglo, siendo un campo desierto donde se ejecutaban las heróicas virtudes del misionero Guadalupano. Los desiertos bosques de los nacodoches y de los aises y adaises, siguieron viendo estéril é infecunda su sustancia, á pesar de la gran facultad germinativa con que los habia dotado el Señor de la naturaleza: los descendientes de aquellas generaciones que muchas veces se sentaron á la sombra de los robustos robles seculares para fumar el calumet de paz, á impulsos de su naturaleza y de las costumbres que habian heredado de sus mayores, siguieron corriendo por sus floridas campiñas para cazar el cerbatillo y el corzo, y recoger el fruto de los nogales y las moreras silvestres, sentándose despues á gozar del fruto de sus afanes, en torno de la hoguera donde en cantos populares celebraban las glorias de sus antepasados; y en todo aquel estenso teatro, no habia otro representante de la civilizacion, que el hijo del padre Margil, quien salia de su colegio de Guadalupe, para quebrar con su pié descalzo los hielos de las regiones de Tejas, disputándole á la barbarie, los millares de almas que por muchos siglos habia tenido sujetas con sus ferreas cadenas. Los misioneros crucíferos fueron retirados á establecer sus misiones en las márgenes del rio grande; y no quedaron por entonces en Tejas, sino las misiones que fundó el padre Margil, donde se mantuvo el fuego sagrado de la civilizacion evangélica, á costa de grandes sacrificios: útiles sin duda para el progreso en

general; pero por desgracia estériles para la patria cuyos hijos los hicieron, porque despues de mas de un siglo, una política mezquina y desacertada vino á segregar de nuestro suelo esta parte tan interesante, donde hoy al humo de las máquinas norteamericanas, se están aglomerando nubes y formando una tempestad que cirniéndose sobre nuestras cabezas amaga de muerte nuestra existencia.

En este mismo tiempo tuvo lugar tambien la conquista del Nayarit, que es la sierra que está entre los Estados de Jalisco, Zacatecas, Durango y Sinaloa. Antes de la conquista fué habitado solo por los Nayaritas, é irreconocibles enemigos de los caseanes, que poblaron la serranía de Zacatecas; pero cuando pesó sobre todos el mismo yugo y fueron reducidos á una desgracia comun, depusieron sus antiguas enemistades, abrigándose todos del furor de los conquistadores en las fragosidades de la sierra del Nayar, conociéndose estos dos pueblos confundidos, con el nombre de güachichiles y hoy con el de güicholes.

La audiencia de Guadalajara intentó inútilmente la conquista de este territorio por dos veces; y en otra ocasion algunas tropas de Durango, por órden del Virey entraron á la sierra de Guazamota, no consiguiendo reducir á estos pueblos, que no fundaban su resistencia, tanto en su pericia militar, como en la defensa que por naturaleza les proporcionaba el terreno; pero á la vez que ellos se hallaban encerrados en la inespugnable trinchera donde ostentaban orgullosos su libertad, carecian de otros muchos objetos útiles y necesarios en la vida, que no se podian proporcionar allí mismo y esto los hacia entrar en comunicacion con los pueblos inmediatos, siendo con los que mas esplayaron sus necesidades, con el de Colotlan, donde se tenia establecido un canton de tropa, y el de Jerez que muy al principio de la conquista, sirvió de frontera á los conquistadores y güachichiles, por lo cual recibió ese nom-

bre, que les recordaba á los españoles la ciudad que tienen en su país natal con el nombre de Jerez de la frontera.

Los rebeldes nayaritas jamás hubieran doblado su cuello al yugo de la conquista, si en sus quebradas serranías hubieran tenido todos los elementos de subsistir, ó mas bien, si su industria les hubiera hecho utilizar los grandes productos de los feraces terrenos que poseian; pero la escasez los hizo suavizar su índole indomable, y algunos que con mas fuerza sentian los impulsos de entrar en sociedad, que es una exigencia natural en el hombre, hicieron presente á varias personas, sus deseos de poner término á aquella vida de aislamiento y de continua persecucion. Uno de los que fué depositario de la confianza de los nayaritas, fué D. Juan de la Torre Valdéz, vecino de Jerez y hombre recomendable por sus naturales prendas: este Sr. lo dijo á D. Martin Verdugo corregidor de Zacatecas; y este informó de ello al virey que era el marqués de Valero en el año de 1521. Este funcionario no despreció tan brillante oportunidad para reducir á la obediencia de la corona, aquellos pueblos que por doscientos años habían podido mantenerse independientes del poder conquistador; y concediendo á D. Juan de la Torre el título de *protector de los nayaritas*, le asignó sueldo y le dió instrucciones á las que se debia arreglar para desempeñar su encargo.

El protector dirigió sus primeros pasos á atraer por conducto de algunos indígenas amigos, al gefe principal de los nayaritas llamado *Tonatí ó Tenatiuh*. Este gefe una vez inclinado á la paz, por consejo de un indio cristiano llamado D. Pablo Felipe, se prestó á venir á Jerez acompañado de 50 indios á la presencia del protector para tratar de la reduccion de todo el Nayarit. En la primera conferencia, Torre consiguió con Tenatiuh pasara á

Zacatecas con su comitiva para tratar con el corregidor, el cual con lo mas selecto del vecindario hizo á los indigenas un espléndido recibimiento como correspondia á la magnitud del negocio que con ellos se debia tratar. Cuando Tonatiuh y sus compañeros se aproximaban á la ciudad conducidos por el protector Torre, salieron á recibirlo el corregidor, el conde de la Laguna, los oficiales de las cajas reales y otros vecinos de lo mas selecto de la sociedad zacatecana, y en coches con caballos enjaezados los condujeron al palacio del conde de la Laguna, en medio de salvas y sonoros repiques. Con este aparato de magnificencia tan propio para estimular la vanidad de corazones sencillos, fácilmente se rindió el gefe de los nayaritas y convino en continuar su viaje á México, para arreglar definitivamente con el virey las bases de la reduccion de sus pueblos.

En México no fueron menos las consideraciones con que se recibió la comision nayarita: salió á recibirlos el virey fuera de la ciudad; los alojó en su palacio; y haciendo á todos algunos regalos y vistiendo de general á Tonatiuh, entraron en materia para arreglar los tratados de paz, cuyos puntos principales fueron los siguientes. 1º Que no se les despojaría de sus tierras á los nayaritas. 2º Que á Tonatiuh y demas gefes, se les conservarían en el rango de señores de su nacion. 3º Que estarían exentos de tributos y alcabalas; y 4º que se entregarían los prisioneros que de sus nacionales habian hecho las tropas de Colotlan y Guadalajara. El virey admitió estas proposiciones en cambio de las que él hizo para que todos los pueblos del Nayarit prestaran obediencia al rey de España: y aprobado este tratado en junta de guerra el 20 de Mayo de 1721, regresaron D. Juan de la Torre y Tonatiuh con sus compañeros: el primero se dirigió á Zacatecas para arreglar todo lo necesario á la colonizacion

del territorio nuevamente sujeto; y Tonatiuh con los suyos se fué para la sierra á preparar á los pueblos para que recibieran amigablemente á los colonizadores.

No hay duda, que la buena disposicion de Tonatiuh y de los gefes que lo acompañaron, eran un buen precedente para haber llevado á buen término la reduccion de aquellos pueblos, que en el estado salvaje en que se mantenian, esterilizaban los cuantiosos elementos de la porcion de tierra que conservaban: y si se hubiera obrado con mas prudencia en aquel negocio tan grave, ciertamente hubiérase llevado á buen término sin mucho esfuerzo; pero el desprecio con que se veian los derechos de los naturales era una semilla amarga, que necesariamente habia de producir frutos de la misma naturaleza. Los pueblos se indignaron de que sin consultar la voluntad de todos, Tonatiuh y sus compañeros marcharan hasta México, contrayéndose obligaciones que ligaran la voluntad general, y cuando volvieron de su viaje á la capital hallaron á los pueblos resueltos á no sujetarse á los tratados hechos, por mas que les patentizaran las ventajas que en ellos habian obtenido y las que sacarían viviendo en paz con todos los pueblos que los circundaban. Nada bastó para cambiar su inflexible voluntad; y cuando el protector Torre, entraba á su territorio con las prevenciones necesarias de colonizacion, halló á los pueblos sublevados, resistiendo su entrada.

Hechos ya todos los preparativos para aquella empresa, el virey no quiso retrogradar en ella: y viendo la obstinacion de los indigenas para cumplir los tratados de Tonatiuh, ordenó á Torre, que con doscientos hombres avanzara á realizar la colonizacion del Nayarit. El general protector, en cumplimiento de las órdenes del marqués de Valero, emprendió su marcha por Huejuquilla, en Setiembre del mismo año de 21 dirigiéndose á Pello-

tan, donde se libró la primera acción en que el resultado fué funesto para los indígenas; pero huyendo de una eminencia á otra, y hostilizando por todas partes á los colonizadores, hicieron una guerra que conmovió fuertemente el natural pacífico de Torre y le ocasionó una enfermedad grave, que lo hizo separar de la campaña.

Para reemplazar á Torre, se le dieron por el virey los títulos de protector del Nayarit y general de la expedición militar conquistadora, á D. Juan Flores de la Torre, cuarto nieto de Fernando Flores conquistador de Juchipila: este nuevo gefe, con los recursos que le proporcionó el gobierno y los que él arbitró en su hacienda de Tayahua y otras posesiones que tenia, formó una tropa de cuatrocientos hombres, los cuales dividió en dos secciones; con una marehó él por el norte de la sierra y su segundo D. Francisco Escobedo por el oriente avanzó con la otra, y despues de algunas sangrientas batallas lograron apoderarse de algunos puntos ventajosos, en el territorio de los nayaritas.

Con estos triunfos, pudieron los conquistadores ayudar á Tonatuh, que siempre estuvo dispuesto á cumplir los compromisos contraidos con el marqués de Valero, y con su influjo se pudo atraer á la paz á mas de cuatro mil indígenas, con los cuales se fundaron algunos pueblos de cuya enseñanza religiosa se encargaron los religiosos jesuitas y franciscanos quedando así terminada la conquista de la sierra del Nayarit, poniéndose para conservar la paz de la provincia, un presidio en la mesa á que dieron el nombre de S. Francisco Javier de Valero, y el otro en Guainamota. Esta pacificación quedó terminada en Setiembre de 1722; y en Octubre del mismo año, recibió el gobierno D. Juan de Acuña, natural de la ciudad de Lima, marqués de Casafuerte. Este virey trabajó mucho en arreglar todos los ramos de la administración pública,

corrigiendo los abusos que se notaban desde el mismo palacio vireinal: desterró absolutamente el sistema que estaba muy arraigado, de que las familias de los vireyes recibieran dones, para recomendar algunos pretendientes ó el despacho de varios negocios: como de los grandes abusos, era el que hacian los gefes presidiales, sacando el haber de mayor número de soldados que el que tenian los presidios, y pagándoles á estos no con dinero, sino en efectos, como maíz, géneros, tabaco, etc., el virey nombró un visitador de presidio; y en todos los ramos reformó cuanto pudo aquella administración, que por desórdenes introducidos y arraigados de mucho tiempo, constituia un gobierno verdaderamente venal. Al mismo tiempo, procuró el ornato de la ciudad y la mejora de sus edificios públicos, habiéndose construido bajo su dirección, las casas de moneda y la aduana.

Con el mismo empeño cuidaba de mantener la paz en todo el vireinato y de hacer progresar hasta las mas remotas provincias sujetas á su cuidado, con cuyo fin estableció en el territorio de Tejas una colonia, á la cual no quiso que se diera su nombre como lo habian hecho todos los vireyes que aumentaron en la frontera el número de poblaciones, y dió á la nueva fundación el nombre de San Fernando.

En el año de 1734 dice el padre Cabo. «La Nueva España tuvo una grave pesadumbre con la muerte de su virey, marqués de Casafuerte, que falleció el 17 de Marzo, á 77 años de edad, habiéndose empleado 59 en servicio de la corona. Gran pérdida que todo México lloró, y cuya memoria aun se conserva. Las partes y dotes naturales que adornan á este *criollo*, lo hacian digno de gobernar el Nuevo Mundo. No en valde Felipe V. lo continuó en el gobierno de la Nueva España por doce años; demostración que no se habia hecho con otro que con los

primeros vireyes de México y con D. Martín Enriquez, y es probable que si Dios le hubiera conservado la vida, hubiera seguido en aquel encargo por muchos años. La religión, caridad y justicia formaron su carácter. De estas virtudes nació el deseo que mostró de la propagación de la fé entre los infieles en que dió acertadas providencias, el aumento del culto divino en los templos y la caridad con los pobres. Sus bienes los repartió en obras pías: entre ellas dotó dos comedias á los presos. Su integridad fué singular; servirá de muestra el caso siguiente cuya memoria está aun fresca en la Nueva España. En particular acomodado, por medio de un oidor hizo no sé qué regalo al marqués, creyendo aquel conducto seguro para que lo recibiera. A esta propuesta que le sobrecogió, se negó el virey; y esforzando el oidor las razones de que el sugeto que hacia aquel presente, no tenia dependencia con algun tribunal, y nada mas pretendia que hacerle aquel corto obsequio; cortó el discurso el virey licenciando al oidor con estas palabras: «Si recibes regalos, venderás la justicia.» Este porte tan desinteresado que mantuvo en doce años este virey, no solo le grangeó la veneración y aprecio de todos, sino que hizo se derramaran muchas lágrimas en su funeral.

CAPITULO XXI.

Gobierno del arzobispo virey D. Antonio Bizarro, del duque de la conquista, de los condes de Fuencalera y Revillagigedo, y de los marqueses de las amarillas y Cruillas.

Muy pocos fueron los vireyes que murieron en el desempeño de sus funciones; pero como en una política pru-

dente, está el prevenir todos los accidentes, con cada virey que nombraba la corte, se acompañaba un pliego cerrado, que se llamaba de mortaja, en el cual se designaba la persona que debía sustituir al virey muerto, mientras se hacia nueva elección y el nombrado tomaba posesion de su encargo. Cuando murió el marqués de Casafuerte, se abrió este pliego y en él resultó nombrado el arzobispo de México D. Antonio Bizarro y Eguiarreta, que en el mismo dia entró en posesion el gobierno vireinal.

Durante la administracion de este Señor, el mas notable de su reinado fué el desarroyo de asoladora peste, que comenzó en México, y propagada despues por todo el vireinato, hizo tan funestos estragos, que se hizo memorable, hasta consignarse en las páginas de la historia. Los síntomas de esta fatal epidemia, eran: dolor de cabeza, flujo de sangre á las narices y un ardor de entrañas, que era precisamente donde residia la causa del mal. Los indigenas por esta causa, llamaron á este mal *mattaza-huall* ó sarna en el nedaño. A poco tiempo despues de sentirse la epidemia, no bastaron los nueve hospitales que habia en la capital para contener el crecido número de enfermos que diariamente reclamaban la asistencia médica para combatirse aquel mal: entonces el padre Martínez levantó otros dos hospitales y á su solicitud se abrió otro á espensas del médico D. Vicente Reveque, y aun no siendo bastantes estos asilos de la caridad para el socorro de tantos apestados, el padre jesuita convirtió en hospitales varias casas particulares, asistiendo él personalmente á los enfermos hasta conseguir una muerte gloriosa en aquel ejercicio de abnegacion y sacrificio voluntario por el bien de la humanidad doliente.

Aun fué necesario abrir otros seis hospitales que bien pronto fueron tambien ineficaces; y entonces el arzobispo virey pensionó algunos médicos con seis boticas á su dis-